

de la condesa, diciéndome que ésta no había dormido en toda la noche y que, por fin, había tomado un calmante, y se había acostado á las seis de la mañana.»

—Vea usted esta carta, dijo el cónsul dirigiéndose á Camila Maupin; he guardado una copia por curiosidad: usted conoce los secretos del arte, los giros del estilo y los esfuerzos de muchos escritores á los cuales no falta habilidad en sus composiciones; pero reconocerá usted que la literatura no podría encontrar escritos tales en sus entrañas postizas y que no hay nada tan conmovedor como la verdad.

Veán ustedes lo que escribía aquella mujer, ó, más bien, aquella estatua animada por el dolor:

«Mauricio: Sé todo lo que su tío podría decirme, pues él no sabe más que mi conciencia. La conciencia es en nosotros la paz de Dios. Sé que si no me reconcilio con el conde Octavio, me condenaré: tal es la ley religiosa; sé que hasta la ley civil me ordena la obediencia á mi marido. Si mi marido no me rechaza, es inútil decir que el mundo me considera pura y virtuosa, aunque no lo sea. Sí, el matrimonio tiene eso de sublime; la sociedad ratifica el perdón del marido; pero ella ha olvidado que es preciso que el perdón sea aceptado. Legalmente, socialmente, religiosamente, debo volver al lado de Octavio. Ateniéndonos á esto mismo, hay alguna crueldad en negarle su deseo y en privarle del placer de ser padre, y hasta borrar su apellido del libro de oro en que podría hallarse inscripto con la dignidad de par. Mis dolores, mis repugnancias, todo mi egoísmo (pues me siento egoísta) deben ser inmolados á la familia. Tal vez seré madre, las caricias de mis hijos secarán mi llanto, seré respetada, pasaré por la calle altiva y soberbia en lujoso tren y hasta recibiré gentes, tendré un elegante palacio y seré la reina de tantas fiestas como semanas tiene el año. El mundo me acogerá bien, de manera que la ley, la sociedad y Dios, todo está de acuerdo en mi favor. ¿Contra qué se subleva usted? Esto me preguntan el cielo y el tribunal cuya augusta intervención invocará necesariamente el conde. Su tío de usted me hablará de una gracia celeste, que inundará de alegría mi corazón por haber cumplido con mi deber. Dios, la ley, el mundo y mi marido disponen que viva con él. Pues bien, aunque no haya otras dificultades, mi contestación las crea: *no podría yo vivir*. Volvería á ser muy blanca, muy ino-

cente, muy pura, porque estaría en mi ataúd, adornada de la palidez irreprochable de la muerte. No hay en esto la menor obstinación. Esta terquedad de que un día me acusó usted, es en la mujer el resultado de una incertidumbre, es un presentimiento del porvenir. Si mi marido tiene la generosidad de olvidarlo todo por el amor, yo no puedo olvidarlo. ¿Depende de nosotros el olvido? Cuando una viuda se casa, el amor la convierte en soltera y borra su pasado; pero yo no puedo amar al conde. Todo depende de eso. Cada vez que el conde me mire, veré en sus miradas mi culpa, aunque éstas estén llenas de amor. La grandeza de su generosidad me hará presente la magnitud de mi crimen. Mis miradas inquietas leerán siempre una sentencia invisible. Tendré en el corazón recuerdos confusos que se combatirán. Jamás el matrimonio despertará en mí los delirios de la pasión; mataré á mi marido con mi frialdad y con las comparaciones que adivinará en el fondo de mi conciencia. El día en que yo vea una arruga en la frente de mi marido, una mirada triste ó un gesto imperceptible, calcularé que es un reproche involuntario, pero comprimido; nada me detendrá, me abriré la cabeza con una piedra que me parecerá menos dura que mi marido. Mi susceptibilidad será la causa de una muerte inmediata. Tal vez tomaría una prueba de amor por una prueba de desprecio. ¡Qué doble suplicio! Octavio dudaría de mí constantemente y yo de él. Le ofrecería, sin darme cuenta, un rival indigno de él, un hombre que desprecio, pero que me ha hecho conocer voluptuosidades grabadas con caracteres de fuego y de las que me avergüenzo sin olvidarlas. Creo que le abro á usted bastante mi corazón. Nadie puede probarme que el amor renace, pues ni quiero ni puedo aceptar el amor de nadie. Una soltera, cuando cae, es una flor que han arrancado de su tallo; pero una casada es una flor que han hollado con los pies. Usted es floricultor, y bien sabe que no es posible enderezar un tallo, reanimar el color marchito, volver á hacer circular la savia por los delicados tubos de una flor. Todo el poder ó fuerza negativa de ella depende de su perfecta rectitud. Si algún botánico supiese dar vida á una flor marchita, sería igual á Dios. Sólo Dios puede rejuvenecer moralmente. Bebo la amarga copa de la expiación, pero *expiar* no es *borrar*. En mi pabellón como un pan amasado con mis lágrimas, pero lo como sola, nadie me ve llorar. Entrar en casa del conde es renunciar á mis lágr-

mas, porque éstas le ofenderían. ¡Cuántas virtudes se necesita pisotear para entregarse á un marido al cual hemos engañado! Dios solo puede contarlas, porque sólo él puede comprender esas horribles delicadezas del alma, que deben hacer palidecer hasta á los ángeles. Iré más lejos. Una mujer tiene valor ante el marido que ignora su culpa, despliega en sus hipocresías una fuerza salvaje y le engaña para no hacerle desventurado; pero tener ambos la certidumbre, es *envilecerse*. Yo tendría humillaciones en lugar de éxtasis. Octavio no encontraría en mí perversión, pero el matrimonio está fundado en la estimación, en los sacrificios hechos por una y otra parte: ni Octavio ni yo podemos estimarnos al día siguiente de habernos reunido. Yo veré en su amor el amor de un viejo hacia una cortesana, y me creeré deshonrada, tendré la vergüenza perpetua de ser una cosa en lugar de ser una señora. Yo no sería en su casa la virtud, sino el placer. Vea usted los amargos frutos de una falta. En mi lecho conyugal me revolvería como en un lecho del infierno. Aquí tengo horas de tranquilidad, y hasta horas de olvido; pero en mi palacio todo me recordaría la culpa que manchaba mi traje de desposada. Cuando sufro aquí, bendigo mis sufrimientos y le doy á Dios *mil gracias*; pero á su lado estaría llena de espanto. Esto no son vanas frases, esto es el sentimiento de un alma grande, herida hace siete años por el dolor. En fin, ¿debo hacerle á usted una confesión todavía más horrible? Voy á hacerla, y que me sirva de expiación. Me siento siempre las entrañas mordidas por un niño concebido en la embriaguez de la alegría, en la fe de la felicidad, por un niño que he alimentado siete meses y del cual me veo embarazada para toda mi vida. Si nuevos hijos se alimentasen en mi seno, beberían una leche mezclada de lágrimas que se les volvería acíbar. Tengo una apariencia grande de ligereza y sencillez y le he parecido á usted siempre niña; sí, sí, tengo la memoria de esa niña, esa memoria que nos acompaña hasta el borde de la tumba. Ya lo ve usted, todas las situaciones son falsas en esa bella existencia, á la que quieren conducirme el mundo y el amor de mi marido; por doquiera encontraría abrojos y abismos, en los que rodaría despedazada por agudas espinas. Hace cinco años que viajé mentalmente por las riberas de mi porvenir, sin encontrar un sitio cómodo para el arrepentimiento que invade mi alma. La religión tiene sus contestaciones, y las sé de memoria. Estos

sufrimientos, estas dificultades son mi castigo, y Dios me dará las fuerzas para soportarlos. Esta es una razón para las almas piadosas, dotadas de una energía que me falta. Entre un infierno en que Dios no me permitiera bendecirle, y un infierno al lado del conde, la elección está hecha.

»Una palabra más: el conde sería todavía aceptado por mí si yo fuese soltera, teniendo mi experiencia actual; pero no quiero ruborizarme ante ese hombre. Yo estaría siempre de rodillas y él siempre de pie, y no podría suceder otra cosa, porque si así no fuese, le encontraría despreciable. No quiero ser tratada por él de otro modo, á causa de mi culpa. Ciertas cosas que no se pueden permitir los esposos, cuando ambos son irreprochables, no podrían existir entre nosotros. Octavio es delicadísimo, lo sé; pero no hay en esa alma, por grande que sea, nada viril. No tengo garantías para la nueva existencia que llevaría á su lado. Dígame usted ahora dónde puedo encontrar el silencio, la calma y la soledad amiga de las desgracias irreparables, esa soledad para la calma que usted me ha ofrecido.»

«Después de haber sacado copia de esta carta, continuó el cónsul, me dirigí á la calle de Payenne. La inquietud había vencido al opio. Octavio se paseaba por el jardín y parecía un enajenado.

»—Responda usted á esto, le dije al entregarle la carta de su mujer.

»Pareció sonrojarse al observar que yo contemplaba su emoción.

»—¡Es mía! exclamó el conde con una radiante expresión de dicha.

»Me indicó que le dejase solo; yo comprendí que el excesivo dolor, lo mismo que la felicidad, obedecen á las mismas leyes, y me fuí á recibir á la señora de Courteville y á su hija Amelia, que comían aquel día con el conde. Por bella que fuese aquella señorita, comprendí que el amor tiene muchas fases y que son pocas las mujeres que nos inspiran un amor completo. Comparando involuntariamente á Honorina con Amelia, encontraba yo más encantos en la mujer culpable que en la niña inocente. Para Honorina, la felicidad no era ya un deber, sino la fatalidad del corazón; mientras que Amelia iba á pronunciar, con aire sereno, votos solemnes que no sabía si podría cumplir. La mujer aniquilada, casi

muerta, y pecadora, me parecía sublime: ella despertaba generosidades en el corazón del hombre, ella conmovía, tenía el poder de mil recursos hijos de la experiencia, ella ponía un entrecimiento á la felicidad; mientras que Amelia, casta y pura, iba á encerrarse en una maternidad vulgar, en una existencia apacible, en que yo no había de encontrar ni lucha ni victoria. Entre una llanura florida y los Alpes nevados y tempestuosos, pero sublimes, ¿cuál es el joven que sabe elegir la llanura? Tales comparaciones son fatales para un hombre inexperto. Es necesario conocer mucho la vida para comprender que la familia excluye la pasión y que el matrimonio no puede tener por base un amor tempestuoso. Después de haber soñado el amor imposible, con sus innumerables encantos de fantasía, después de haber saboreado sus delicias, tenía ante mi vista una modesta realidad. ¡Qué queréis! ¡sentí esa debilidad! Por fin, tomé una enérgica resolución: fui á encontrar al conde, valiéndome de un pretexto de momento, y observé que había rejuvenecido con el reflejo de sus esperanzas.

»—¿Qué tiene usted, Mauricio? me preguntó al apercibirse de la alteración de mi fisonomía.

»—Señor conde...

»—¿Qué es eso? ¿ya no me llama usted Octavio, usted á quien deberé la vida y la felicidad?

»—Querido Octavio, espero que conseguirá usted su intento, un lisonjero éxito coronará sus trabajos, he estudiado bien á la condesa y creo que no me equivoco.

»El conde me miró de un modo extraño. Yo continué haciendo un esfuerzo:

»—Ella no debe saber nunca que Mauricio ha sido el secretario de usted; no pronuncie usted jamás mi nombre, procure usted que nadie se lo recuerde, pues de otro modo, todo se perderá... Me ha dado usted un alto cargo entre los magistrados de París; pues bien, sáqueme una plaza de diplomático para el extranjero, un consulado me agrada, y no piense usted en casarme con Amelia. Quede usted tranquilo, añadí al verle hacer un extraño movimiento, llegaré hasta el fin de mi papel.

»—¡Pobre niño!... me dijo tomándome las manos, estrechándomelas y conteniendo las lágrimas que brotaban de su alma y que asomaban á sus ojos.

»—Usted me dió guantes de hierro, no me los puse, y las manos se han abrasado: he aquí lo que ocurre.

»Convinimos en lo que debía yo hacer la noche que volviese al pabellón. Nos hallábamos en agosto: el día había sido cálido y tempestuoso; pero la tempestad estaba en el aire, el cielo parecía de cobre, el perfume de las flores era denso y pesado. Yo me encontraba como en una estufa, y me vi sorprendido por el deseo de que la condesa hubiera partido para las Indias; pero ella estaba en su pabellón, vestida de blanco, con cintas azules, peinada con bucles que flotaban sobre sus hombros, sentada en un banco de madera construído en forma de canapé, bajo un florido cenador: no se levantó al verme y me indicó que me sentase á su lado.

»—¿No es verdad, me dijo, que la vida no tiene para mí ninguna senda abierta y clara?

»—La vida que se empeña usted en hacer, no la tiene; pero la que yo quiero que haga usted, puede conducirla todavía á la felicidad.

»—¿Cómo? me dijo con creciente ansiedad interrogándome con los ojos, la expresión y la palabra.

»—La carta que me ha escrito usted se halla en poder del conde.

»Honorina se enderezó como una corza sorprendida; anduvo por el jardín en distintas direcciones, se sentó en el suelo desalentada, se levantó y se fué á su saloncito, donde la dejó sola el tiempo que calculé necesario para que se repusiese del violento golpe que, moralmente, le había yo dado.

»—Usted no es amigo mío, me dijo al verme, usted es un espía del conde. El instinto nuestro equivale á la perspicacia de ustedes.

»—Era necesaria una contestación á su carta, y no había más que un hombre en el mundo capaz de escribirla... Leerá usted la carta, querida condesa, y si no se encuentra usted mejor después de su lectura, el espía le probará á usted que es amigo suyo, porque la conduciré á un convento al cual no llegue el poder del conde; pero antes de ir, haga usted lo que le digo, aunque le desagrade hacerlo. Hay una ley humana y divina á la cual debe ceder el odio; ésta ordena no condenar sin oír la defensa. Hasta ahora ha condenado usted como los niños, tapándose los oídos. La abnegación de su marido exige de usted que lea su carta. Le he transmitido por mi tío la copia de su carta de usted, y mi tío le ha preguntado cuál sería su contestación si su mujer le hubiera dirigido una carta igual. De este modo no está usted

comprometida. El buen anciano traerá la carta del conde; ante él y ante mí está usted obligada, por dignidad, á leer la carta, de lo contrario, aparecerá usted cual una niña ridícula y mal educada. Hará usted este sacrificio ante Dios, el mundo y la ley.

»Como no vió en esta condescendencia ningún ataque á su voluntad de mujer, consintió. Todo el trabajo de cinco meses quedaba solidificado en aquel momento. Pero las pirámides no terminan en una punta, en la cual se pone un pájaro?... El conde fundaba todas sus esperanzas en esta hora suprema, y ya había llegado. No encuentro en toda mi vida nada tan imponente como la entrada de mi tío en el salón Pompadour de la condesa, á las diez de la noche. La blanca cabellera de mi tío, puesta de relieve por un traje negro, y su aspecto grave y dulce, debieron producir un efecto mágico en la condesa Honorina; experimentó el consuelo que produce el bálsamo en las heridas, y se vió alumbrada, sin saberlo, por un reflejo de la virtud brillante de mi venerable tío.

»—El señor cura de Blancs-Manteaux, anunció la señora Gobain.

»—¿Viene usted, querido tío, le dije, con un mensaje de paz y felicidad?

»—Se encuentra siempre la dicha y la paz observando los mandamientos de la Iglesia, contestó mi tío presentando á la condesa la siguiente carta, después de haber cruzado breves palabras con Honorina:

«Mi querida Honorina: Si me hubiese usted hecho el obsequio de no dudar de mí, si hubiese usted leído la carta que le escribí hace cinco años, se hubiera usted evitado trabajos y privaciones que me han desconsolado. Le propuse un pacto, cuyas estipulaciones destruyesen todos sus temores, haciendo posible nuestra vida común. Tengo grandes reproches que hacerme, y en estos siete años pasados, he expiado mis culpas. Me acuso de haber comprendido mal el matrimonio. No supe adivinar el peligro, cuando éste nos amenazó. Había un ángel en mi casa, y Dios me había dicho: «Guárdalo bien». Dios ha castigado la temeridad de mi confianza. Usted no puede dar un solo golpe sin herirme á mí. Gracia para mí, Honorina. Había comprendido tan bien las susceptibilidades de usted, que no pensé en llevarla á

usted al palacio de la calle de Payenne, en el cual pude vivir solo, pero el cual no podría ver en su compañía de usted. He decorado con gusto otra casa en el barrio de Saint-Honoré, á la que mi ilusión ha llevado, no ya una mujer entregada á mí por la ignorancia de la vida, ó adquirida por la ley, sino una hermana que me permitirá depositar sobre su frente un beso paternal, que acompaña á la bendición de un padre cariñoso. ¿Me privará usted del derecho que he sabido conquistarme velando cerca de usted y atendiendo á sus más leves caprichos? Las mujeres tienen para ellas un corazón lleno de disculpas, el de sus madres: usted no ha conocido otra madre que la mía, que es la que la hubiera atraído á usted hacia mí; pero ¿cómo no ha adivinado usted que tengo para usted el corazón de su madre y la mía? Mi afecto hacia usted es inconmensurable, de esos afectos que desafían al tiempo y á la muerte. ¿Por quién toma usted al compañero de su infancia, al creerle capaz de aceptar besos de labios temerosos é inquietos? No quiero de usted tal sacrificio. No tema usted oír los lamentos de una pasión mendigante el venir á mi lado, le aseguro que disfrutará completa libertad. Su orgullo ha exagerado en la soledad todas las dificultades: puede usted ligarse á la vida de un hermano, ó de un padre, sin lágrimas ni sonrisas, si así lo quiere usted; pero jamás encontrará á su alrededor ni burlas, ni frialdad, ni la menor duda acerca de sus intenciones. El calor de la atmósfera en que vivirá usted, será siempre igual, dulce y suave; ninguna tempestad se desencadenará sobre la frente de usted. Si más tarde, después de convencerse de que se halla en su casa, como en su pabellón, quiere usted introducir en ellos otros elementos de felicidad ó de distracción, los podrá elegir á su gusto. La ternura de una madre no tiene desdén ni compasión: ¿qué lo hace? el amor, mi deseo. Pues á mi lado, la admiración hacia usted ocultará todos los sentimientos, en los cuales pudiera usted suponer ofensas. De este modo podremos encontrarnos los dos nobles, el uno al lado del otro. A su lado, el afecto paternal, ó el dulce afecto de una amiga, satisfarán la ambición del que quiere ser su compañero, y podrá usted medir su pasión, por los esfuerzos que hará para ocultársela. No tendremos, ni el uno ni el otro, celos por nuestro pasado, pues tendremos los dos bastante talento para mirar siempre el porvenir. De modo que se encontrará

usted en el nuevo palacio como en su pabellón: inviolable, sola, ocupada en lo que guste, dirigida por sus propias leyes. Tendrá usted de más la protección legítima, la consideración que tanto brillo da á las mujeres, y la fortuna que le permitirá practicar obras de caridad. Honorina, cuando quiera usted una absolución inútil, venga á pedirla; no le será impuesta ni por el código, ni por las leyes; dependerá de su orgullo, de sus propios deseos. Mi mujer podrá temer lo que á usted le espanta, pero nunca podrá temerlo la hermana, hacia la cual me obligo á desplegar todos los recuerdos de la cortesía. Verla á usted feliz, basta á mi dicha: esto lo he probado por espacio de siete años. Las garantías de mis palabras se hallan en todas las flores que usted ha hecho, religiosamente guardadas por mí la mayor parte de ellas y rociadas con mis lágrimas, flores que han llegado á ser la historia de nuestros pesares. Si este pacto no le agrada á usted, hija mía, ruego al santo varón á quien entrego esta carta, que no le diga á usted nada en mi favor. No quiero que obedezca su regreso, ni á los fervores religiosos, ni á las órdenes de la ley. Quiero recibir de usted misma la sencillez y modesta felicidad que anhelo. Si insiste usted en hacerme llevar la vida sombría que há tiempo llevo, si quiere usted permanecer sola en su desierto, mi voluntad cederá ante la suya. Sépalo bien: en lo sucesivo no será usted cohibida en nada, como no lo ha sido hasta ahora. Apartaré de su lado al loco que se ha mezclado en sus asuntos y que tal vez le habrá molestado á usted».

«— Señor, dijo la condesa guardando la carta, le doy las gracias, y aprovecharé el permiso que me da el conde para permanecer aquí...

»— ¡Ah! exclamé involuntariamente.

»Esta exclamación me valió una mirada inquieta de mi tío, y de la condesa una mirada especial que me repuso y me hizo dueño de mis sentimientos.

»Honorina había querido saber si yo era realmente el floricultor, ó si representaba el papel de una comedia, y mi exclamación me vendió, pues fué un grito del corazón, de esos que tan bien conocen las mujeres.

»— Mauricio, me dijo repentinamente, ¿usted sabe amar?

»La luz que brilló en mis ojos fué una contestación que

hubiera disipado la inquietud de la condesa, si hubiera tenido alguna.

»Mi tío cambió de conversación, y Honorina tomó la carta del conde para concluir de leerla. Mi tío me hizo una indicación y yo me levanté.

»— Dejemos á la condesa, me dijo.

»— ¿Se marcha usted ya, Mauricio? me preguntó ella sin mirarme.

»Se levantó, nos siguió, sin dejar de leer, y en el momento de los últimos saludos, me oprimió la mano afectuosamente y me dijo:

»— Nos volveremos á ver...

»— No, le dije apretándole la mano hasta hacerla morderse los labios por la fuerte impresión. No, no; ame usted á su marido, yo marchó mañana mismo.

»Me fui precipitadamente, dejando á mi tío, al cual preguntó ésta: ¿Qué tiene su sobrino?

»El pobre abad completó mi obra, diciéndole:

»— *Éstá loco*, perdónele usted.

»Esto era más cierto de lo que mi tío pensaba: yo estaba realmente loco en aquellos momentos. Seis días después partí, nombrado vice-cónsul de España, en una ciudad comercial, en la cual podía, en poco tiempo, ponerme en estado de avanzar en la carrera consular, á la que limitaba mi ambición. Después de haberme instalado, recibí la siguiente carta del conde:

«Mi querido Mauricio: Si fuese feliz, no le escribiría; pero ha empezado otra vida de dolor: me he vuelto joven por el deseo, con todas las impacencias de un hombre que ha pasado cuarenta años dominándose por la ciencia del diplomático y que sabe moderar sus pasiones. Cuando usted se marchó, yo no había sido aún admitido en el pabellón; pero una carta me prometía ir, una carta dulce y melancólica, una carta de mujer que teme las emociones de una entrevista. Dejé pasar un mes, y luego encontré la oportunidad de presentarme, haciendo preguntar por la Gobain si podía ser recibido. Me senté en una silla, en el patio, y permanecí con la cabeza entre las manos más de una hora.

»La Gobain volvió diciéndome:

»— La señora está vistiéndose.

»De este modo ocultaba Honorina, bajo la apariencia de

una coquetería honrosa para mí, su falta de resolución para recibirme. Por fin fui recibido: durante un largo cuarto de hora estuvimos los dos afectados por un temblor nervioso, involuntario, tan fuerte como el que debe apoderarse de los oradores cuando van á subir á la tribuna por primera vez, y nos dirigimos frases frívolas, como hacen las gentes que quieren sostener una conversación en una entrevista de etiqueta.

»—Honorina, le dije, el hielo se ha roto; míreme con los ojos llenos de lágrimas, estoy temblando de felicidad. Perdóne usted la incoherencia de mis frases: durante algún tiempo me sucederá esto.

»—No es ningún crimen amar á su mujer, me dijo sonriendo forzosamente.

»—Concédame usted la gracia de no trabajar más: sé por la Gobain que está usted viviendo desde hace veinte días de sus economías, tiene usted sesenta mil francos de renta suya, y si no me devuelve usted su corazón, no me deje al menos su fortuna.

»—Hace tiempo que conozco las bondades de usted para conmigo.

»—Si le halaga á usted vivir aquí y guardar su independencia, si el más ardiente amor no la conmueve, al menos no trabaje usted más...

»Al decir esto, le entregué en papel algo que suponía doce mil francos de renta, lo tomó, abrió la carpeta con indiferencia, y después de haber leído los papeles, no me dirigió más que una mirada por toda contestación. Ella había comprendido que le daba algo más que dinero, que le daba la libertad.

»—Estoy vencida, me dijo tendiéndome la mano, que besé; venga usted á verme siempre que quiera.

»Al día siguiente la vi animada por una alegría falsa, y pasaron dos meses hasta que se acostumbrase á mostrar su verdadero carácter. Pero ésto fué para mí un mes de mayo, una primavera de amor, que me producía goces inefables. Ella no me temía, me estudiaba. Cuando le propuse ir á Inglaterra, á fin de unirse ostensiblemente á mí, en su casa, y recuperar su rango habitando su nuevo palacio, se heló de espanto.

»—¿Por qué no vivir siempre así? me preguntó.

»Me resigné sin contestar.

»—¿Será para probarme? me pregunté.

»Al ir desde mi casa á la suya, me animaba; mil pensamientos de amor llenaban de gozo mi corazón, y me decía, como los jóvenes llenos de ilusiones: *esta tarde cederá*. Toda esta fuerza real ó ficticia se disipaba ante una de sus altaneras miradas, ó ante una sonrisa tranquila. La pasión no alteraba nunca sus facciones. Aquella frase que ella pronunció y que usted me repitió: «Lucrecia ha escrito con su mano y su sangre la primera palabra de la cartilla de las mujeres: *¡Libertad!*» venía á mi memoria, asesinándome. Comprendía cuán necesario me era el consentimiento de Honorina, y cuán difícil arrancárselo. ¿Adivinaba ella las tempestades que agitaban mi alma? Por fin, le pinté mi situación en una carta, temiendo hacerlo verbalmente. Honorina no me contestó, y quedé tan triste que tuve que obrar como si no le hubiese escrito. Sentí mucho haberla afligido, leyó este sentimiento en mi corazón y me perdonó. ¿Sabe usted cómo? Me concedió el honor de recibirme en el gabinete azul. El cuarto estaba lleno de flores y de luz, y Honorina vestida de un modo encantador. Llevaba traje blanco, flores blancas y cintas blancas. Siempre está hermosa; pero en ese día me pareció la desposada de los primeros días. Mi alegría se turbó también al observar su fisonomía, que tenía un aire de terrible gravedad; había fuego bajo aquel hielo de siempre.

»—Octavio, me dijo, cuando usted quiera seré su esposa; pero, sépalo usted bien, esta sumisión tiene sus peligros, puedo resignarme (hice un gesto). Sí, le comprendo, añadió, la resignación le ofende á usted, quiere lo que no puedo darle: *el amor*. La religión, la piedad, me han hecho renunciar á mis votos de soledad, y se encuentra usted aquí; pero creo que no me ha pedido usted más: ahora quiere usted á su mujer; pues bien, le entrego á Honorina tal cual es y sin asegurarle lo que será. Tal vez seré madre, lo deseo vivamente. Trate usted de transformarme, consiento en ello; pero si muero, amigo mío, no maldiga usted mi recuerdo, apellidando terquedad al sentimiento indefinible que había muerto y que no puedo expresar bajo otro nombre que este: el culto hacia lo divino, el culto hacia lo ideal.

»Se sentó después, con aquella serena actitud que conoce usted, y me miró palideciendo por el dolor que me había causado. Yo tenía frío en el corazón. Viendo el efecto de

sus palabras, me tomó las manos, las colocó entre las suyas y me dijo:

«—Octavio, te amo; pero no como tú quieres ser amado. Amo en ti tu alma: sin embargo, sábelo: te amo lo suficiente para prestarme á tu deseo y morir por ti como una esclava de Oriente. Después de todo, ¡tal vez no muera!

»He aquí, Mauricio, dos palabras que se combaten. ¿Qué hacer? Tengo el corazón demasiado lleno, y busco el de un amigo para lanzar este grito: ¿Qué hacer?»

»No le respondí nada. Dos meses después, los periódicos anunciaron el regreso de la condesa Octavio, salvada del naufragio después de mil sucesos, etc., etc. A mi llegada á Génova recibí una carta en la que me participaban el feliz alumbramiento de la condesa. El conde era padre de un hermoso niño. Tuve esta carta dos horas entre mis manos, sentado en un banco y hallándome sin movimiento. Después de dos meses, obligado por Octavio, Grandville y Sérizy, mis protectores, y agobiado por mi soledad desde la muerte de mi tío, consentí en casarme. Seis meses después de la revolución de julio, recibí la carta que ustedes van á ver ahora, y que termina la historia de este matrimonio:

«Señor Mauricio: Muero, aunque soy madre, y tal vez porque lo soy. He representado mi papel de mujer: he engañado á mi marido, y he tenido alegrías tan reales como las lágrimas que vierten las actrices en el escenario de un teatro cualquiera. Muero por la sociedad, por la familia, por el matrimonio, como los primeros cristianos morían por Dios. No sé de qué muero, quisiera averiguarlo, y lo intento con la mejor buena fe, pues no soy terca: quiero explicarle mi mal á usted, que trajo á mi lado á su tío de usted, cirujano espiritual, ante el cual me rendí. El ha sido mi confesor, le cuidé en su última enfermedad y me mostró el cielo, ordenándome el cumplimiento de mi deber. Así lo he cumplido. No censuro á las almas que olvidan, las admiro como á naturalezas fuertes y buenas, porque el olvido es necesario; pero no sé imitarlas. Mis recuerdos me persiguen siempre. Este amor del corazón que nos identifica con el sér amado, no puedo sentirlo dos veces. Ya lo sabe usted; á su corazón, al confesor y á mi marido, les he gritado: «¡Piedad!» y todos han sido despiadados. Muero, estoy convencida de

esta verdad, y muero pronto. Muero desplegando un valor inaudito. Jamás una cortesana fué más acariciada que yo. Octavio es feliz, dejo á su amor desenvolverse, sin oponerme á nada. En esta farsa terrible gasto demasiado mis fuerzas, la comedia es aplaudida, soy lisonjeada, agobiada de flores y triunfos; pero el rival invisible viene todos los días á buscar su presa, los jirones de mi pobre existencia. Con el alma desgarrada, sonrío, sonrío á dos hijos; pero el mayor, el predilecto, ha muerto. Yo lo he dicho, el muerto me llama y yo quiero ir con él. La intimidad sin el amor es una situación en la cual mi alma se deshonra. Ni puedo llorar, ni entregarme á mis sueños. Las exigencias del mundo, las de mi casa, el cuidado de mi hijo y los deberes que el matrimonio me impone, no me dejan tiempo de esparcirme para hacer un esfuerzo y adquirir el valor que necesito para continuar la batalla. No son labios amados los que beben mis lágrimas, sino un pañuelo; el agua refresca mis ojos inflamados, no los refresca una mirada tierna, porque es imposible. Soy cómica con mi alma, y vea usted por qué no puedo vivir. Encierro mis pesares dentro de mí misma, con gran cuidado, para que no sean conocidos; pero esto ataca mi salud y mina mi existencia: He dicho á los médicos que han descubierto mi secreto que me dejen morir, que no hagan esfuerzos por curarme, pues sin pensarlo, arrastraría también á Octavio. Según algunos médicos, muero de un reblandecimiento de no sé qué hueso, que la ciencia describe perfectamente. Octavio se cree amado. ¿Me comprende usted? También tengo miedo de que me siga.

»Le escribo á usted para que sea en ese caso el tutor del joven conde. Encontrarán en mi casa un codicilo, en el cual dejo expresada mi voluntad; no hará usted uso de él más que cuando sea necesario. Mi pérdida dejará á Octavio inconsolable, pero tal vez no muera. ¡Pobre Octavio! Le deseo una mujer mejor que yo, pues es muy digno de ser amado. Ya que mi espiritual espía se ha casado, que recuerde lo que la florista le lega aquí como enseñanza provechosa. Impida usted á su mujer que cultive la misteriosa flor del ideal; arrójela en todas las materialidades más vulgares de la casa, aparte usted su pensamiento de la perfección celeste que he querido encontrar aquí abajo, esa flor encantada cuyos colores ardientes abrasan y cuyos perfumes inspiran el desprecio á la realidad. Le convendrá mucho que Dios le

conceda pronto, muy pronto, un hijo. Yo he sido una santa Teresa, que no ha podido alimentarse de éxtasis en el fondo de un convento, con el divino Jesús, con un ángel irreprochable que ha tendido el vuelo llevándose a mí también. Me ha visto usted feliz en medio de mis flores queridas. No se lo he dicho á usted todo: he visto el amor floreciendo sobre la falsa locura de usted, y por no encenderlo más, le he ocultado mis pensamientos poéticos, mis delicadas ideas, mis sueños y mis emociones: no le he dejado entrar á usted en mi hermoso reino. En fin, por amor hacia mí, espero que querrá usted á mi hijo cuando se encuentre sin padre. Guarde usted mis secretos como la tumba guardará mi cuerpo. No me llore usted: hace tiempo que estoy muerta. San Bernardo ha tenido razón al decir que no hay vida donde no hay amor.»

—Todo ha terminado, dijo el cónsul guardando las cartas en una cartera que encerró bajo llave; la condesa ha muerto.

—¿Vive todavía el conde? preguntó el embajador; pues desde la revolución de julio ha desaparecido de la escena política y social.

—¿Se acuerda usted, señor de Lora, de haberme visto conducir una góndola hasta el vapor? preguntó el cónsul general.

—Sí, en ella iba un anciano de cabellos blancos, contestó el pintor.

—Un viejo de cuarenta y cinco años que buscaba salud y distracciones en la Italia meridional. Aquel viejo era mi pobre amigo, mi protector, que pasaba por Génova para despedirse de mí y confiarme su testamento, en el cual me nombra tutor de su hijo. No he tenido necesidad de decirle el deseo de Honorina.

—¿Sabe qué ha sido el asesino de su mujer? preguntó la señorita de Touches al barón de Hostal.

—Sospecha la verdad, repuso el cónsul, y esa sospecha le mata. Yo quedé en una góndola mirándole embarcarse para Nápoles: largo tiempo nos estuvimos saludando, cual si fueran los últimos saludos. «Sólo Dios sabe con cuánto afecto miramos al confidente de nuestro amor, cuando no existe el sér que lo inspiraba, me dijo Octavio momentos antes de su partida. Este confidente posee á nuestros ojos grandes encantos, se reviste de una aureola.» Desde la proa el conde contempló el Mediterráneo, y como el tiempo

estaba hermoso, todo contribuyó á conmovérle. Me dijo estas últimas palabras: «Por interés de la naturaleza humana, convendría saber cuál es ese irresistible poder que nos hace sacrificar el más fugitivo de nuestros placeres contra nuestra voluntad por una adorable criatura... En mi conciencia, he oído grandes gritos; Honorina no ha gritado sola. Y yo he querido... ¡Los remordimientos me devoran! Moría en la calle de Payenne por las dichas que no disfrutaba, moriré en Italia por las que he disfrutado...» ¿De dónde procede ese desacuerdo entre dos naturalezas verdaderamente nobles? me atreví á decirle.

Un profundo silencio reinó en casa del cónsul algunos minutos después de las anteriores frases.

—¿Era virtuosa Honorina? preguntó el cónsul á las dos mujeres.

La señorita de Touches se levantó, cogió al cónsul del brazo, avanzó algunos pasos hacia la puerta y le dijo:

—Los hombres ¿no son culpables también al querer hacer de la niña una mujer, mientras éstos guardan sus angélicas imágenes y nos comparan á rivales desconocidas, á perfecciones soñadas, á las cuales siempre nos han de encontrar inferiores?

—Señorita, tendría usted razón si el matrimonio estuviese fundado sobre la pasión, y tal ha sido el error de dos seres que pronto no existirán. El amor del corazón entre los esposos sería el paraíso...

La señorita de Touches dejó al cónsul y se reunió con Claudio Wignon, que le dijo al oído:

—Es un poco fatuo el barón de Hostal.

—No tanto, dijo ella; todavía no ha adivinado que Honorina tal vez le hubiese amado. ¡Oh! exclamó al ver venir á la mujer del cónsul; ella lo ha oído todo... ¡desgraciado!

Las once sonaron en todos los relojes, y los convidados se disponían á marchar.

—Todo eso no es la vida real, dijo la señorita de Touches. Esa mujer era una excepción, tal vez la más monstruosa de la inteligencia. La vida se compone de accidentes variados, de dolores y placeres alternados. El Paraíso de Dante, esa sublime expresión del ideal, ese cielo siempre azul, no se encuentra más que en los mundos del espíritu, y buscarlo en la tierra es una voluptuosidad contra la cual

protesta siempre la naturaleza. Para tales almas una celda y un rezo constante deben bastar.

—Tiene usted razón, dijo León de Lora. Pero, por poco que yo valga, no puedo menos de admirar á una culpable que, viviendo en su modesto taller, no descendió nunca de su elevada esfera, no vió el mundo, ni se manchó de lodo. Expió su culpa y tuvo la dignidad de no olvidarla.

—Eso se vió durante algunos meses, dijo Claudio Wig-non irónicamente.

El embajador se dirigió á la señorita de Touches para decirle:

—La condesa Honorina no es la única en su género. Un hombre político, escritor y amigo mío, inspiró un amor de esa especie, y el pistoletazo que le mató no le alcanzó á ella, porque ésta se había encerrado ya en el claustro.

Al conocer la historia de aquellos amores, se hubiese visto la gran abnegación que suele brillar siempre en el corazón de las mujeres.

—¿Se encuentran todavía grandes almas en este siglo? dijo Camila Maupín, que permaneció melancólica y pensativa algunos minutos.

París, enero de 1843.

EL CORONEL CHABERT

Á la señora doña Ida del
Chatelar, condesa de
Bocarmé.

—Vaya, ya tenemos aquí á ese viejo moscardón del carrique.

Esta exclamación la lanzaba un pasante que pertenecía al género de los que se llaman en los estudios *saltacharcos*, el cual mordía en este momento con apetito voraz un pedazo de pan. El tal pasante tomó un poco de miga para hacer una bolita, la cual, bien dirigida y lanzada por el postigo de la ventana en que se apoyaba, rebotó hasta la altura de dicha ventana, después de haber dado en el sombrero de un desconocido que atravesaba el patio de una casa situada en la calle Vivienne, donde vivía el señor Derville, procurador.

—Vamos, Simonín, no haga usted tonterías á las gentes, ó le pondré de patitas en la calle. Por pobre que sea un cliente, siempre es hombre, ¡qué diablo! dijo el primer pasante interrumpiendo la adición de una memoria de costas.

El *saltacharco* es, generalmente, como era Simonín, un muchacho de trece á catorce años, que se encuentra en todos los estudios bajo la dirección especial del primer pasante, cuyos recados y cartas amorosas le ocupan, al mismo tiempo que va á llevar citaciones á casa de los ujieres y memoriales á las audiencias. Tiene algo del pilluelo de París por sus costumbres, y del tramposo por su destino. Este muchacho es casi siempre implacable, desenfrenado, indis-